

restos de Almonio y los adoró en compañía de los fieles, cual si fueran los restos y despojos de un sagrado mártir. Todos estos disentimientos degenerados en verdaderas batallas traían la ciudad completamente perturbada y los ánimos divididos y separados en irreconciliables ejércitos, que se daban á sendas y eternas luchas de bien cruentos caracteres y de bien terribles consecuencias.

Pero ¿qué mas? Existía por este tiempo en la ciudad de los misterios una mujer llamada Hypatia, en la cual se reunía por un generoso don del cielo con la mas rara hermosura, la mas rara elocuencia. Hija del geómetra Theon, esposa del filósofo Isidoro, nacida y educada en las escuelas, mas que un sér viviente parecía la extraordinaria mujer una forma revestida por las antiguas ideas. Y en efecto, aquel alma de la ciencia griega que pasara de Thales á Xenofanes, de Xenofanes á Pitágoras, de Pitágoras á Sócrates, de Sócrates á Platon, de Platon á Plotino, cargada de ideas como el cielo de estrellas, despedía sus últimos y mas bellos resplandores en los ojos de la hermosa Hypatia. Cuando la veían pasar sentada en su carro, vestida de rozagante púrpura, coronada con la diadema clásica que parecía un rayo de luz entre sus cabellos de ébano, las manos en la rienda de sus blancos caballos, la mirada encendida por la interior meditacion perdiéndose en el cielo, los labios vibrantes con palabras misteriosas, imaginaban las gentes ver en ella alguna de las antiguas divinidades al naufragio del paganismo escapadas, y venidas al seno de Alejandría para decir á los griegos que no había muerto aun en el mundo la religion de la armonía y de la hermosura. Sobre todo, cuando en su cátedra se asentaba circuida por jóvenes de ambos sexos que parecían un coro, y hablaba de Dios y de los arquetipos divinos en el lenguaje de la antigua Academia, ora parecía la diosa Isis anunciando un nuevo día del espíritu; ora la sirena clásica meciendo en sus brazos y arrobando con su sonrisa á los últimos helenos; ora la Pitonisa de Delfos y la Sybila de Cumas rejuvenecidas y hermoeadas; ora una hija de Platon, acabada de venir del banquete inmortal, donde su padre daba en comunión á las almas, desprendidas de los cuerpos, las mas santas y las mas consoladoras ideas. El cruel Cirilo, no comprendiendo toda la poesía que exhalan estas últimas tardes de los grandes días de la historia y todos los arreboles que tienen estos sublimes ocasos

de las ideas, creyó á Hypatia capaz de resucitar el Paganismo antiguo y la condenó en su furor á muerte. Los fanáticos del desierto, como una manada de tigres, rodearon el ara donde se erguía; acometieron su cátedra; arrastráronla á una iglesia vecina de su Academia; y allí, despiadadamente, despues de haberla despojado de sus vestiduras sin respeto á su pudor, sin deslumbrarse ante su mágica hermosura, ni conmoverse á los acentos de su elocuencia, inmoláronla sin compasión y se repartieron sus despojos. Triste muerte la muerte de Hypatia, pero no puede dudarse que le toca representar en la historia algo muy bello, el último eco de una lira que se quiebra, el último resplandor de una idea que se extingue, la última cadencia de una canción que se apaga, el postrer aroma de una flor que se seca, la suprema palabra de una religion y de una poesía que se acaba. Pero sus verdugos, los que la hacen mártir de una creencia extinta, le dan con la muerte la inmortalidad, la ponen perennemente en los altares mas sublimes de la historia, y se condenan á sí mismos á pasar de siglo en siglo y de generacion en generacion, como los tiranos y los opresores de lo mas libre que hay bajo el cielo y sobre la tierra, como los tiranos y los opresores, eternamente maldecidos, de la humana conciencia.

Ya puede comprenderse, por este prolijo estudio del temperamento y natural de Cirilo, con qué vigor intervendría en la persecucion y condenacion de las doctrinas de Nestorio. Prelado este de Constantinopla, dábase en tiempos de tanta incertidumbre y de tan poca seguridad á controvertir las grandes cuestiones teológicas. Nada mas incomprendible para los entendimientos rectilíneos que la union de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona de Cristo. Y entendimiento de esta categoría era el entendimiento de Nestorio. No conciliaba bien su mente la naturaleza ilimitada de un Dios con la naturaleza limitadísima de un hombre. Y sin embargo, la esencia del Cristianismo, la sustancia íntima, el alma, encuéntranse encerradas en esta doble naturaleza de Cristo. Si no ha sido Dios, la humanidad no se ha identificado con su Criador; y si no ha sido hombre, la criatura no ha podido elevarse en perfecciones hasta la divinidad. Humanizar á Dios y divinizar al hombre se proponía el Cristianismo en todos los dogmas relativos á la persona de Cristo. Si Cristo no es Dios, la divinidad no se ha humanizado; si

Cristo no es hombre, no se ha divinizado la humanidad. Negándole cualquiera de las dos naturalezas á Cristo, se niega ipso facto todo el Cristianismo. Arrio le negó la naturaleza divina y Nestorio la humana naturaleza. Ambos á dos, con estas negaciones, destruian inconsideradamente toda la religion cristiana.

Nestorio apuntó su herejía de bien modesta y natural suerte. No negó rotundamente, y á las claras, que Cristo tuviese la naturaleza humana; redujose á negar que María mereciera el nombre tradicional de Madre de Dios. Y sin embargo, con este nombre la habian conocido en los primeros concilios y con este nombre la habian aclamado en las primeras catacumbas; bajo el ala de este nombre santo se habian erigido las primeras iglesias; á sus ecos, el primitivo pintor trazaba en las tinieblas, iluminado por la incierta lámpara encendida sobre el sepulcro de los mártires, las figuras de donde habian de surgir, como las flores de sus semillas, las Vírgenes de Rafael y de Murillo; y bajo esta advocacion, escrita con letras de estrellas en el cielo, los primeros navegantes cristianos desafiaban los horrores del naufragio, los héroes de la fe las garras de las fieras en el circo, mientras los primeros poetas componian los himnos, á cuyas estrofas, como que se abrian de par en par los cielos y se mostraban en toda su hermosura y en todo su esplendor á la tierra. Pero Nestorio no lo comprendia, no, de esta misma suerte. Nestorio no queria creer que las entrañas de una mujer, por pura que fuese en su vida y en su alma, contuvieran ni un minuto al Dios vivo, cuya esencia no cabe en la inmensidad del espacio. Para el concepto semítico, judío, que guardaba de la divinidad el obispo de Constantinopla, quien alumbró las estrellas con su soplo, no podia encerrarse en la oscura y ciega gestacion de un feto; y quien hizo todas las especies de la tierra no podia reducirse ni á las debilidades de la infancia, ni á las pasiones de la mocedad; eterno, inmodificable, idéntico siempre á sí mismo, absoluto y omnipotente. No, no cabia en la imaginacion de Nestorio que tuviera sed quien derramó los manantiales en los montes; y tuviera hambre quien colgó las frutas de los árboles; y tuviera frio quien avivó el calor de los soles; y vertiese lágrimas quien vertiera la inmensidad del océano; un Dios tan débil, como el supuesto por la maternidad de María, en su sentir, se asemejaba mucho á la piedra con que la mujer de Sa-

turno engañó á este para que no devorase sus propios hijos, los dioses casi hombres del antiguo Olimpo. Luego, no comprendia Nestorio en qué momento de la gestacion el Dios se habia hecho hombre, ni en qué momento de la vida el hombre se habia hecho Dios. Y estas dudas, comunicadas á las gentes que le circuian, daban ocasion á que se creyese la vida humana de Cristo una simple apariencia y la maternidad sublime de María una mera ficcion. No comprendian Nestorio y los nestorianos que, negándole á Cristo la naturaleza humana, negaban toda eficacia á sus sufrimientos; que negándole toda su eficacia á sus sufrimientos, negaban toda virtud redentora á su pasion; y que negando toda virtud redentora á su pasion, negaban todo el Cristianismo.

Cirilo comprendió el peligro que encerraba la doctrina de Nestorio. Y él, tan batallador; él, que levantara en armas los monjes consagrados á la penitencia; él, que promoviera rebeliones en ciudades pacíficas como Alejandría; él, que consumara el terrible asesinato de Hypatia; él, que parecia antes un general que un prelado, sonó el clarin guerrero, convocando los fieles á una verdadera campaña. Sabido es el método que, á la sazón, tenian los católicos para tratar y resolver las dificultades dogmáticas. Reuníanse sínodos particulares con expreso encargo de tratar el asunto puesto en controversia y asunto de litigio. No de otra suerte se trataran un día, como hemos visto, las doctrinas de Prisciliano y de Pelagio. Pero esta idea de Nestorio, que negaba la humanidad de Cristo, tenia tanta importancia como la idea de Arrio que negaba la divinidad de Cristo. Y si Arrio exigió un concilio, exigió tambien otro concilio Nestorio. Reinaba á la sazón en Constantinopla el triste hijo de Arcadio, llamado como su abuelo el fuerte emperador español Teodosio, conocido con el número ordinal de segundo. Verdadero César de decadencia, ni tenia pensamiento propio ni propia voluntad. Domináronle, pues, sucesivamente Antemio, su ministro; Pulqueria, su hermana; Eudoxia, su mujer; Crisafio, su eunuco. Cual todos los débiles, se propuso por modelo un fuerte; y lo imitó siempre en la intencion, nunca en los actos. Constantino quiso ser, y para ser Constantino, debió pelear con Atila como Constantino peleara en otro tiempo con Majencio. Y siguiéndole en cosas mas fáciles que las batallas, quiso tener tambien su concilio de Nicea, y lo citó en Efeso. Citado el

concilio, fácil es comprender que el mas pronto á la cita, el mas resuelto á la controversia, el mas empeñado en la accion, seria, para no desmentir ni un punto la incontrastable fatalidad de su complexion, el fuerte obispo Cirilo. Llegó á la ciudad conciliar, y creyóse él solo con los suyos toda la Asamblea. Así no aguardó á que se le juntase el patriarca de Antioquía, superior de muchos y muy valiosos sufragáneos, y por tanto indispensable á la autoridad dogmática y disciplinaria del concilio. Tres veces citó á comparecer á Nestorio, y como este no compareciera, resolvióse fuertemente á condenarlo. Quiso el delegado, representante de la autoridad del Emperador, refrenar estas impaciencias, oponerse á estas precipitaciones, calmar los ánimos para que meditasen con recogimiento y decidiesen luego con madurez; y se rebeló contra él, y lo lanzó violentamente del concilio, como en otros dias ofendiera y apedreara en su furor al prefecto de su ciudad episcopal. Pero lo cierto es que la exageracion de Cirilo quebrantó el concilio de Efeso y trajo á la Iglesia universal funestas y terribles consecuencias.

Nestorio se quejó amargamente al Emperador. Y el Emperador reconvino á Cirilo. Tan orgulloso como implacable, la reconvencion le abrió honda herida en el alma y le indispuso para siempre con la corte. Y no debian ser estos los únicos resultados tristes de su excesivo celo. Otros mayores le aguardaban. Cuando mas empeñada tenia su contienda con Teodosio, aparece en escena el patriarca de Antioquía, y como quiera que llegaba herido del menosprecio hecho á su autoridad y á su persona en no aguardarle, decidióse por formar un concilio frente al concilio de Cirilo, y llamar al seno de esta Asamblea á Nestorio y á los nestorianos. Y se dirigen á la iglesia de San Juan para consagrar á Dios las primeras oraciones conciliares; y se aperciben á escribir al Emperador para notificarle el carácter y la autoridad de que se habian revestido. Pudieron mandar sus cartas al César de Constantinopla; mas no pudieron celebrar sus oficios en la iglesia de San Juan, porque Cirilo, á la cabeza de una banda, los dispersó á pedradas. Inútil decir cómo contenderian, con qué furor, con qué saña, con qué crueldad los dos concilios disidentes, encabezado el uno por el alejandrino Cirilo y encabezado el otro por el patriarca Juan de Antioquía. Nunca se demostró tanto la débil complexion y la congénita incertidumbre de Teodosio, como en este supremo

litigio. Todos acudian á él como á supremo árbitro; y él nunca daba ningun supremo arbitraje. Cuentan las historias del tiempo que se inclinaba ya del lado de Juan de Antioquía, cuando Cirilo ganó por oro al eunuco favorito entonces que se llamaba Escolástico; y el oro de Cirilo y el favor de Escolástico decidieron al Emperador contra Nestorio que fué pública y solemnemente condenado.

La agitacion, producida por estas controversias, no llegó á calmarse fácilmente. Nuevos incidentes surgieron, de estos incidentes nuevas herejías, y de estas herejías nuevas dificultades, así para el Estado como para la Iglesia. Uno de los mayores combatientes de Nestorio se llamaba Eutiques, sacerdote de Constantinopla; y su ejemplo mostró claramente cómo se acerca, con qué facilidad, el exceso de celo al confin donde comienza el error. Para ocurrir á nuevas controversias, y para evitar futuras herejías, no se le ocurrió á Eutiques otra cosa mas que predicar otra herejía. En su sentir, las dos naturalezas de Cristo fueron en un principio diversas y aun opuestas; pero luego se juntaron y compenetraron con tanta identidad que el cuerpo del Salvador se divinizó y no estuvo sujeto á las debilidades humanas. Despues de tanto combatir á Nestorio, caia Eutiques en su mismo error; pues si aquel negaba la naturaleza humana de Cristo en absoluto, este absorbía la naturaleza humana en la naturaleza divina haciéndola por consiguiente desaparecer tambien. Disputas innumerables surgieron de estos distingos increíbles. Unos creian que Cristo revistiera su naturaleza divina en la concepcion, otros que despues de resucitado, otros que allá en la transfiguracion, cuando la montaña del Tabor se eterizaba y el cielo se abria y los profetas bajaban y el cántico de los ángeles se oia en los aires arrebolados y Cristo se transformaba hasta tomar todo el esplendor de la gloria y cegar con sus destellos en tal manera la vista de los mortales que los apóstoles caian de bruces sobre el suelo y se tapaban con ambas manos los ojos por no poder sufrir la luz y el calor de tan excelsa metamorfosis. Perdiendo Cristo la naturaleza humana en cualquier momento de su vida, perdía lo esencial á su sér y lo indispensable á nuestra redencion. Por consiguiente la Iglesia se alarmó con razon y la alarma produjo, si no un concilio como el de Efeso, un respetable sínodo.